

ERNEST MANDEL: *Traité D'Economie Marxiste*. Julliard Edt. París, 1962. 2 vols. 516 y 555 páginas.

Se puede situar esta meritoria obra de Ernest Mandel en la misma línea de esfuerzos que desde la generación de los marxistas post-clásicos (1914) ha tratado de mantener viva la llama de la investigación económica "de oposición". Línea que jalonan las obras de Sweezy, Dobb, Bettelheim, Baran, y, fuera del campo socialista, las importantes contribuciones de Joan Robinson y Joseph Schumpeter.

La concepción económica del marxismo fué insistentemente atacada (y frecuentemente tales críticas revelan una ignorancia del tema más o menos extensa) desde el aséptico recinto de la economía burguesa de cuño anglosajón, apresuradamente "restaurada" para hacer frente a los problemas prácticos de la Gran Depresión. Especialmente violenta fué la crítica keynesiana: su apriorismo excluía cualquier postura que no estuviese inspirada en la metafísica liberal, aunque su praxis debiera dar paso a cercenamientos y restricciones importantes al *laissez-faire*. Fué buena argucia táctica que mientras se construía el herramental para restaurar una desacreditada concepción económica, se montase un aparato polémico contra las concepciones opuestas. La gran autoridad ganada por Keynes en los medios académicos fué la causa de que se aceptase sin discusión la irrelevancia científica de la economía marxista, más que un estudio sereno de su construcción y de los supuestos históricos a los que está vinculada.

La concepción económica de Keynes y los postkeynesianos traducen una mentalidad conservadora. No es extraño, pues, que mostrasen desazón ante las soluciones alternativas violentamente dialécticas. Esto explica —junto con el apresuramiento por restaurar el viejo edificio— la necesidad de agudizar los instrumentos de

crítica y dirigirlos contra lo que estimaban era la más seria amenaza. En opinión de Keynes y su escuela anglosajona, la tarea del economista no es poner en tela de juicio los sólidos fundamentos del edificio social, sino desvelar sus intrincados laberintos y leyes de este mundo copernicano, tirar por la borda las inadecuadas concepciones sobre el interés y la ocupación, instrumentar los nuevos conceptos que permitan poner en práctica una política económica eficaz. Ciertamente que la navegación capitalista corría peligrosas peripecias, pero ello se debía —según Keynes— no a defecto del navío, sino a error de las cartas de navegación y a imperfección de los aparatos de control.

El keynesianismo y sus derivaciones posteriores conceden un especial y significativo interés a *la forma*: era necesario "invertir" a la nueva concepción de "dignidad científica". Contrariamente, había que ennegrecer como "anticientíficas" las concepciones opuestas. Mandel cita en el Prólogo de su obra curiosas expresiones de autores occidentales (Beerle, Perroux, Aaron y el propio Keynes) sobre la "dificultad de encontrar un economista digno de este nombre al que se pueda calificar de marxista".

Fué preciso el análisis más profundo y completo de Schumpeter para suscitar un cierto grado de atención sobre la economía marxista y conseguirle un puesto "honorable" en el repertorio de soluciones científicas. Demasiado personalista para seguir caminos trillados, Schumpeter destaca, sin embargo, dos concepciones fundamentales del marxismo: la inserción de la forma económica burguesa en el proceso general de la historia y la ineluctabilidad de la destrucción de esta forma económica social por sus propias contradicciones internas.

Por otra parte, la problemática suscitada con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial con motivo de la construcción de nuevas economías

nacionales surgidas de la liquidación del colonialismo (*teorías del desarrollo económico*) llevaría a muchos economistas occidentales a buscar enfoques de acción desde perspectivas nuevas. Esto ha dado lugar a un desbordamiento de las concepciones mecanicistas que caracterizaron la época keynesiana, induciendo una rehabilitación de las concepciones económicas marxistas en los medios académicos, y mientras los críticos occidentalistas acechaban cualquier desviación *revisionista* en los países con sistemas de economía planificada, la ciencia económica occidental —y en mayor medida aún la praxis política— iban incorporando procedimientos propios de sistemas socialistas (especialmente en materia de planificación). Las dos etapas evolutivas de la economía burguesa contemporánea: una primera etapa *apologética* y otra segunda *pragmática* han sido certeramente captadas y puestas de relieve por Mandel. Las dos concepciones económicas antagónicas que tienen escindido el mundo en dos bloques se reducen, por tanto, al esfuerzo capitalista por sobrevivir reduciendo al mínimo la incorporación de elementos socialistas en sus estructuras y una ofensiva de los marxistas para captar las variaciones de las *condiciones objetivas* que el mundo capitalista ha experimentado desde el tiempo en que escribía Marx.

Así, pues, la obra que comentamos constituye un extraordinario esfuerzo —comprensiblemente limitado en profundidad, pero completo en extensión— por recoger en su análisis todos los medios que brindan la ciencia y la información modernas y utilizarlos en la investigación de dichas *condiciones objetivas*. No conocemos obra anterior más afortunada en este sentido, y es de esperar que la abundante documentación y la oportuna presencia del patrimonio científico-cultural contemporáneo en apoyo de su argumentación, podrán esquivar las críticas de “excesiva abstracción” y “obsolescencia informa-

tiva” que usualmente se dirigen a las obras marxistas en materia económica. La evolución de la tecnología industrial está tratada con especial lucidez; Mandel ha reunido y manejado lo más conspicuo del aparato informativo disponible, de manera que la reconstrucción que traza de la concepción marxista de la economía se realiza a base de materiales palpitanes. Merece muy especial elogio el Capítulo XII (“El Capitalismo y los Monopolios”) que en sesenta páginas de dosificada densidad cuantitativa da una sorprendente síntesis de cuanto puede ser esencial sobre el fenómeno de la concentración del capital.

Este enfoque metodológico de Mandel es en extremo ambicioso, y la adopción de objetivos que traten de traducir la realidad exige, cada día más, el conocimiento y manipulación de variadísimas disciplinas: matemáticas, tecnología, biología, antropología, sociología, etc. Una tarea de este tipo pone a prueba la capacidad del investigador individual. Acaso sea uno de los principales méritos de la obra de Mandel traslucir las ilimitadas posibilidades del trabajo colectivo en materia social, y acaso no sea excesivo pensar que en este terreno el “*Traité*” ejercerá una influencia fecunda. En todo caso, la lectura de la obra constituye una liberación de los esquemas formalistas y el esoterismo econométrico que obsesiona a estudiosos y dilettantes del mundo occidental.

La crítica extranjera ha encomiado —con más o menos reservas— la obra que ahora comentamos. *The Economist* decía con motivo de la aparición del “*Traité*”: “(Mandel) es un pensador independiente que combina una erudición excepcionalmente amplia con una forma de expresión notablemente fluida e inteligente. Su libro es, con mucho, la mejor popularización de la teoría marxista aparecida durante los cuarenta o cincuenta últimos años. Pero es algo más: un ambicioso y afortunado in-

tento de poner al día la doctrina... Sus ideas sobre la "economía de transición" y la función de la economía política asustarán a muchos lectores. Su exposición está hecha en el brillante y provocativo estilo de los marxistas clásicos"

El juicio del sesudo semanario inglés no es exagerado. Creemos que la próxima versión castellana de esta obra —tradicional e innovadora a la vez— será acogida con verdadero interés. Ciertamente, sorprenderá a muchos leer que "los comunistas marxistas reivindican el honor de ser la primera categoría de hombres de ciencia que trabajan conscientemente para poder suprimir su propia profesión".

Las notas y referencias bibliográficas manejadas en la obra llenan 165 páginas de las 1.071 que componen los dos volúmenes.

JOSÉ BLASCO

PIERRE MENDES FRANCE: *La République Moderne*, Gallimard, París, 1962, 253 pp.

Pierre Mendès France, ex-Primer Ministro francés y jefe del radical-socialismo durante la IV República, se decidió a hacer algo que deberían hacer todos los políticos: recorrer su país, despaciosamente, y hablar con todo el mundo— hombres y mujeres, jóvenes y viejos, patronos y obreros, campesinos y gentes de la ciudad, derechistas e izquierdistas—, con el propósito de recoger datos vivos y auténticos de los anhelos, los problemas y los desengaños del pueblo. Mientras que otros políticos, también desplazados por De Gaulle, continuaban discutiendo en la Asamblea Nacional —en sus contadas sesiones—, o intrigando en los "círculos políticos" de París, Mendès France dedicaba todo un año de su vida a conocer Francia. De ese largo viaje de exploración, Mendès France sacó una información copiosa con la que ahora ha hecho un libro, "La République Moderne", que trata de ser

guía de una renovación política francesa.

En primer lugar, Mendès France reduce a cuatro puntos fundamentales los sectores en que existe unanimidad casi total entre los franceses; sectores, desde luego, de carácter negativo; 1.º Todo el mundo tiene conciencia del carácter provisional del régimen degolista y hablan "de lo que vendrá luego"; 2.º, existe inquietud por el futuro, ya que todos sienten el peligro de una guerra civil; 3.º, nadie quiere oír hablar de un retorno a la IV República, que dejó un recuerdo de impotencia. (No se desea una vuelta a la "normalidad" de que hablan algunos políticos viejos, y ni siquiera el Partido comunista insiste ya en la reinstauración del régimen anterior); 4.º, pero esa oposición a la IV República no significa que los franceses deseen por tiempo indefinido un régimen de poder personal.

En este punto —dice Mendès France— comienza el problema. ¿Qué régimen futuro es el más aceptable y el más adecuado a esta época y a la realidad íntima de Francia? El ex jefe del Gobierno francés no abdica de su formación democrática y no aconseja un régimen dictatorial. Considera Mendès France que es posible crear en Francia un sistema moderno y adecuado a la realidad. ¿Cómo?

Aquí es donde el libro de Mendès France comienza a interesarnos a todos directamente, porque parte de una consideración que es fundamental en cualquier país: la consideración de que la democracia no es la ejecución vacía, por parte de los ciudadanos de una serie de actividades formularias, sino la participación activa en el gobierno del país. No se trata —dice Mendès France— de votar episódicamente para delegar el poder popular en manos de uno o de varios elegidos y seguidamente desinteresarse, abstenerse, guardar silencio durante cinco años. La democracia —añade— "es la actuación con-